

sobre el hombre; pero le tiene Dios, y Dios lo ejerce por sí ó por medio de otro. El padre lo recibe de Dios, que le hace padre. Toda paternidad viene de Dios, dice San Pablo. En el nombre, en la esencia y en el derecho, viene de Dios (1). Lo que es la paternidad en la familia, es la autoridad en la sociedad, y la autoridad es de Dios. *Non est enim potestas nisi a Deo* (2). La autoridad no compete sino al superior, y superior al hombre solo es Dios. ¡Vasallo noble que solo depende del Eterno! Pero Dios, que ha criado al hombre para la sociedad, ha querido todo lo necesario para que esta sea posible; ha querido y quiere que haya una autoridad, y esta, por lo mismo, viene de Dios, viene de la voluntad de Dios; no puede ejercerla el hombre sino en nombre de Dios.

Ved aquí, Señores, la doctrina católica sobre la autoridad; ella introduce el orden en la sociedad, porque solo ella da la razón del poder y de la autoridad, y de las obligaciones que nacen de esta (3). El príncipe, dice el Apóstol, es el ministro de Dios para el bien (4), es el representante de Dios, que es el Rey de los reyes y Señor de los que mandan (5): los reyes no mandan sino por Dios, dice también el Sábio (6); esto es, no mandan sino como depositarios del poder, que es propio, esencial y exclusivo de Dios, y que Dios quiere que sea ejercido por el hombre para que haya sociedad. Los que no han conocido la doctrina católica, ó la rechazan, no pueden fundar la autoridad sino sobre cimientos humanos, estableciendo el derecho del hombre sobre el hombre; y en

(1) Ephes. III, 15.

(2) Rom. XIII, 1.

(3) *Bonald.*

(4) Rom. XIII, 2.

(5) I Timoth. VI, 15.

(6) Prov. VIII, 15.

el hombre, para mandar á otro, no hay más derecho que el de la fuerza, ó el que nace de voluntaria esclavitud. La primera es injusta, la segunda degradante. La primera engendra el orgullo, el egoismo; la segunda es la expresión de la bajeza.

Para el católico no existen estos viciosos extremos. El que manda no se enorgullece, porque se considera por sí mismo igual á sus súbditos, y solo superior á ellos como vicario de Dios: por ello es tan hermosa y significativa la fórmula católica, *Rey, Emperador, Presidente, por la gracia de Dios*, Por ello son tan sublimes las palabras que la Iglesia hace oír á los príncipes cristianos al tiempo de su coronación: «Tomad este baston como el emblema de vuestro sagrado poder, para que podais fortalecer al débil, sostener al que vacila, corregir al vicioso, y llevar al bueno por el camino de la salvación. Tomad el cetro como la regla de la equidad divina, que gobierna al bueno y castiga al malo: aprended de aquí á amar la justicia y aborrecer la iniquidad.» (1)

Esta doctrina quita también la humillación y la bajeza á la obediencia. El hombre no obedece al hombre, sino á Dios; no renuncia sus derechos de hombre, ni su libertad, obedeciendo, sino que ejerce uno y otro, y se ennoblece con ello. Escuchad á San Pablo: «Todos estamos sometidos á las potestades superiores, porque toda potestad viene de Dios, y él es el que lo ha ordenado así. Por ello el que resiste á la potestad, resiste á la ordenación de Dios. El príncipe es el ministro, el representante de Dios para el bien comun. Es necesario, pues, que le esteis sometidos, no por el temor, sino por un deber de conciencia, por la caridad.» (2) Así queda justi-

(1) *Pontif. Rom.*, de coronatione Regis.

(2) Rom. XIII, 1, 2, 5.

ficada la autoridad y ennoblecida la obediencia (1). Así se imposibilita la tiranía y las revoluciones, añaden Rousseau y Montesquieu (2); así, en fin, concluye Lamennais, el poder social se convierte en un poder paternal para la sociedad, y esta es la razón de la firmeza, y al mismo tiempo de la suavidad del poder en los pueblos cristianos (3).

Enseñada esta sublime doctrina, la Religión hace oír á los que mandan y á los que obedecen, la palabra de Jesucristo: «Amaos mutuamente como yo os he amado;» ó lo que es lo mismo, sacrificaos unos por otros, emplead cuanto sois en el bien de los otros. El amor lleva en sí la idea del sacrificio; es la donación que el amante hace al amado, de cuanto es y cuanto tiene, para hacerle feliz y gozarse en esta felicidad. Explicando su palabra á los que mandan, dice Jesucristo: «Sabeis que los que tienen principado entre los gentiles, los dominan y se enseñorean de ellos, y sus príncipes se arrogan potestad sobre sus personas. Entre vosotros no será así, sino más bien el que quiera ser mayor, sirva á todos; el que quiera ser primero, sea el siervo de todos, á imitación del Hijo del hombre, que siendo Dios no vino á reinar con orgullo y egoísmo haciéndose servir, sino con la humildad y la caridad, sirviendo á todos y sacrificándose por todos hasta morir por ellos (4). ¡Qué sublimidad, Señores! Mandar amando, y sirviendo por amor al súbdito; obedecer amando y sirviendo por amor al superior. ¡Qué doctrina más digna de Dios y más digna del hombre! (5)

(1) Bonald.

(2) Rousseau, *Emilio*, lib. 4.—Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, lib. 24, c. 3.

(3) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*.

(4) Luc. XXII, 25.

(5) Imperant enim qui consulunt.... Obediunt autem quibus consuluntur. Sed in domo justí viventis ex fide, et adhuc ab illa cœlesti civitate

«Todos ganaron con esta revolución dichosa, exclama un ilustre y católico escritor, honra de nuestra patria; todos ganaron, los pueblos y sus gobernadores: los segundos, porque no habiendo dominado antes sino sobre los cuerpos por el derecho de la fuerza, gobernaron ya los cuerpos y los espíritus juntamente, sustentados por la fuerza del derecho; los primeros, porque de la obediencia del hombre pasaron á la obediencia de Dios, y porque de la obediencia forzada pasaron á la obediencia consentida.» (1)

Pero la sociedad, hermanos míos, no la forman solo las relaciones entre los que mandan y los que obedecen, sino las de estos entre sí. También la caridad es su principio. «Todos sois hermanos, dice Jesucristo, porque todos teneis un mismo Padre.» (2) Amaos, pues, mutuamente. Habeis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; más yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen y os calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer el sol sobre buenos y malos, y llover en el campo de los justos y de los pecadores (3). Amaos unos á otros como yo os he amado, y en esto se conocerá que sois mis discípulos (4). No devolvais mal por mal, sino haced bien, y con él venced el mal (5). Sed misericordio-

peregrinantis, etiam qui imperant, serviunt eis quibus videntur imperare. Neque enim dominandi cupiditate imperant, sed officio consulendi; nec principandi superbia, sed providendi misericordia. (S. Aug., *de Civit. Dei*, lib. XIX, cap. 14.)

(1) Donoso Cortés, *Ensayo sobre el Catolicismo*, lib. 1, cap. 2.

(2) Matth. XXIII, 8.

(3) Matth. V, 44, 45.

(4) Joann. XIII, 35.

(5) Rom. XII, 21.

sos, como lo es vuestro Padre celestial; sed perfectos, como lo es él (1). Amaos hasta sacrificaros unos por otros, porque la gran prueba de amor es el sacrificio, es dar la vida por el amigo (2).

¿Quién habrá que, meditando estas doctrinas y estos preceptos tan sublimes, no reconozca el pensamiento de Dios, la obra del que es la santidad y la caridad por esencia? ¿Qué son comparadas con ellas las utópicas doctrinas de los antiguos y de los modernos filósofos, que solo saben predicar el egoísmo que mata la sociedad, y engendrar en el corazón el orgullo que pretende dominar, avasallar todo, y nunca sacrificar nada por el bien de los demás? Admirémoslas en sí mismas, admirémoslas en sus consecuencias, en los beneficios que el Catolicismo ha hecho á la sociedad.

SEGUNDA PARTE.

Inmenso campo se abre, Señores, á nuestra vista, si queremos estudiar los beneficios del Catolicismo. Todo lo bello, todo lo grande, todo lo sublime, todo lo santo que hay en el órden intelectual, en el órden moral y en el órden social, todo es fruto de ese árbol de vida, todo tiene su origen en Jesucristo. Nos es imposible trazar el gran cuadro; contentémonos con algunas pinceladas; y en verdad, una sola palabra bastaría para decirlo todo: es la palabra que el príncipe de los Apóstoles pronunció

(1) Matth. V, 45.—Luc. VI, 36.

(2) Joann. XV, 13.

como el elogio más completo de Jesucristo: pasó derramando bienes y sanando á todos los esclavizados por el espíritu del mal (1). ¿Por qué? Él mismo lo dice: porque Dios estaba con él (2). Esa es la historia del Catolicismo; porque él es Jesucristo obrando siempre sobre la humanidad por medio de su Iglesia. Es la obra de Dios: Dios está con él; Jesucristo lo dijo: estaré con vosotros hasta la consumacion del siglo (3).

Para fijar las ideas en esta materia, es preciso hacer la comparacion del estado del mundo antes y despues de Jesucristo. Hagámosla, pues, en algunos puntos culminantes. Sea el primero la idea fundamental; Dios. El mundo pagano no le conocia. Para él todo era Dios, menos Dios mismo (4). El mundo habia puesto en su lugar á los astros, á las plantas, á las bestias, y á las pasiones más vergonzosas, personificadas en sus dioses. Y se comprende, hermanos míos. La humanidad tiene una gran pasion de Dios, tiene necesidad de él; pero el hombre no queria un Dios que fuese más que él mismo, que le obligara á ser mejor de lo que era. Aun cuando lo quisiera, no sabia encontrarle, porque no podia conocerle. El cristianismo ha satisfecho esa gran pasion, ha dado al hombre la verdadera idea de Dios, desterrando para siempre esa multitud de invenciones fantásticas y mezquinas de la razon entregada á las pasiones.

Descendamos al hombre. Jesucristo le ha enseñado su origen y su destino, su degradacion y su regeneracion. Sin la fe del Redentor, sin los sublimes dogmas de la creacion, del pecado original y de la redencion

(1) Act. Ap. X, 38.

(2) Id. id.

(3) Matth. XXVIII, 20.

(4) Bossuet.

por Jesucristo, ¿qué es el hombre? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? No lo sabe. El hombre en el paganismo, dice Balmes, era un hondo misterio para sí mismo, y ni sabía estimar su dignidad, pues que consentía que se le rebajase al nivel de los brutos; ni cuando se empeñaba en ponderarla, acertaba á contenerse dentro de los límites señalados por la razon y la naturaleza (1). El cristianismo ha revelado su dignidad, enseñándole que es la imagen de Dios, llamado á ser hijo de Dios, destinado á la union eterna con Dios.

Errando acerca de estas verdades fundamentales, no podia menos de reinar el error en las que emanan de ellas. La filosofía, esa ciencia de la razon, no era sino el eco de las pasiones, y careciendo de un principio sólido y cierto, se enmarañaba entre mil hipótesis y sistemas contradictorios. Ved si no lo que Ciceron llama la gran cuestion de la filosofía: la del bien sumo y de la felicidad del hombre. San Agustín, citando á Varron, enumera más de doscientas opiniones diversas sobre ella (2). La Religion de Jesucristo, derramando la luz sobre el entendimiento, y dando con la fe una base sólida é indestructible á las especulaciones de la razon, ha levantado el magnífico edificio de la ciencia. Es confesion de un enemigo jurado de Jesucristo, de Voltaire: «Al ver, dice, que la razon hace progresos tan pasmosos, pero tan solo desde el momento de la predicacion del Evangelio, bien podeis considerar á la fe como una aliada que viene en vuestra ayuda, no como un enemigo á quien es preciso atacar: debeis estimarla, no temerla (3).

(1) Balmes, *El protestantismo comparado con el catolicismo*, cap. 14.

(2) S. Aug., *de Civit. Dei*, lib. 19, cap. 1.

(3) Voltaire, *Razon del Cristianismo*, palabra *Aveux*.

¿Hablares de las costumbres? ¡Ah! Perdonad, Señores; por respeto á Jesucristo Sacramentado, por respeto al lugar en que estamos y al ministerio de que me hallo investido, por respeto á vosotros mismos, debo correr un velo sobre esa parte del cuadro pagano. Es tan horrible, que el ojo del cristiano no debe fijarse en él. Es verdad que la virtud encontraba algun apologista; los filósofos la enseñaban; pero era una enseñanza estéril. ¿Cómo habia de producir fruto si en los dioses á quienes daban culto, se divinizaba el vicio, y los filósofos mismos declaraban lícito el desórden y la corrupcion para honrarlos? (1) ¡Cuán hermoso es, por el contrario, el cuadro de las costumbres introducidas en todas partes por la moral de Jesucristo! La humildad, la abnegacion, la paciencia, el amor al trabajo, la castidad, la caridad, en una palabra, todas las virtudes brotan como flores en todas las regiones, en cuanto suena la palabra de Jesucristo: «Sed perfectos como el Padre celestial (2); aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon (3); no apegeis vuestro corazon á las cosas de la tierra; buscad tesoros en el cielo (4); bienaventurado el pobre, y el que llora, y el pacífico, y el limpio de corazon, y el que padece y sufre, víctima de persecucion injusta; suyo será el reino de los cielos.» (5) ¡Ah, sin duda son sublimes estas máximas! ¡Cómo van directamente al corazon! La paz y la felicidad son frutos de esta ley divina. Ella une, consuela, previene ó repara los males de la naturaleza y de la sociedad. Si los hombres quisiesen observán-

(1) Aug. Nicol., *Estudios filosóficos*, p. 1, lib. 1, c. 6.

(2) Matth. V, 48.

(3) Id. XI, 29.

(4) Id. 20.

(5) Id. V, 1 et seq.

dola consentir en ser felices, el cielo descendería sobre la tierra, ó en ella viviríamos como en el cielo. ¿No nos lo confirma el Libro Santo, presentándonos á la sociedad naciente de la Iglesia como un solo corazón y una sola alma? (1) ¿No lo dice la multitud de Santos que ha producido en todo tiempo? La Religión, dice un enemigo de ella, produce en las almas que ha penetrado, un valor superior, y virtudes superiores á las virtudes humanas (2). Hace al hombre semejante á Dios.

Resumamos, porque es imposible decirlo todo, y hagámoslo con un bellissimo pasaje del inmortal Balmes. «Veíase desconocida la dignidad del hombre, reinando por do quiera la esclavitud; degradada la mujer, ajándola la corrupción de costumbres, y abatiéndola la tiranía del varón; adulteradas las relaciones de familia, concediendo la ley al padre unas facultades que jamás le dió la naturaleza; despreciados los sentimientos de humanidad en el abandono de la infancia, en el desamparo del pobre y del enfermo; llevadas al más alto punto la barbarie y la crueldad en el derecho atroz que regulaba los procedimientos de la guerra; veíase, por fin, coronando el edificio social, rodeada de satélites y cubierta de hierro, la horrible tiranía, mirando con despreciador desdén á los infelices pueblos que yacían á sus plantas con remachadas cadenas.

»En tal conflicto no era pequeña empresa la de deterrar el error, reformar las costumbres, abolir la esclavitud, corregir los vicios de la legislación, enfrenar el poder y armonizarle con los intereses públicos, dar nueva vida al individuo, reorganizar la familia y la sociedad; y sin embargo, esto, y nada menos que esto,

(1) Act. Ap. IV, 32.

(2) Voltaire, *Razon del Cristianismo*, palabra *Aveux*.

»ejecutó la Iglesia.» (1) Esta fué la obra de renovación que la confiara Jesucristo, y esto ha hecho cumpliendo su noble misión. La Iglesia católica ha civilizado al mundo; porque la civilización no es sino el perfeccionamiento del hombre en todo su ser y en todas sus relaciones, y solo el Catolicismo ha sabido iniciar y llevar á término esta obra.

Se dirá que aún hay males en la sociedad. ¿Y qué arguyen contra la Religión? Arguyen, sí, contra los que no la practican. Su acción vivificadora se paraliza desde que la pasión con el error se le sobreponen en el corazón ó en el entendimiento; además de que la humanidad en la tierra está en el camino, no en el término de su perfección: esta se reserva para la eternidad. Como Jesucristo conservó algunas de sus llagas para acreditar que era el mismo que había sido crucificado y vilipendiado, así la sociedad presenta todavía alguna llaga para que no se nos haga increíble el fenómeno de su resurrección por la doctrina de Jesucristo; pero esas llagas no son de ignominia para ella ni para la Religión, así como no lo fueron aquellas para Jesucristo. Son un documento de sus triunfos con el recuerdo de sus males.

¿Y qué son estos males en comparación con los antiguos? ¿Qué son comparados con los de los pueblos que no han conocido, ó han rechazado á Jesucristo? Volved los ojos al Africa y al Asia; observad á los pueblos que dejaron de obedecer al Evangelio; han vuelto á la barbarie. Hay, pues, en el Cristianismo una cosa que eleva y sostiene al hombre y á la sociedad á una altura á donde no pudiera llegar sin él (2).

(1) Balmes, *El Protestantismo*, cap. 15.

(2) Lamennais, *Ensayo*, etc., p. 1, cap. 36.

Fijémonos para concluir en lo que forma el carácter especial de la doctrina católica, como formó el de Jesucristo; el respeto, más aún, el amor, y si es lícito decirlo, el culto al pobre, al pequeño, al desgraciado. Cuando los discípulos del Precursor preguntaron de orden suya á Jesucristo si era el Mesías, respondió: «Id y decid á Juan lo que habeis visto y oído: los enfermos recobran la salud, *los pobres son evangelizados* (1). ¿Qué eran el huérfano, y el pobre, y el desgraciado, antes de Jesucristo? ¿Qué son donde no reina el Catolicismo? El desecho de la humanidad, los desheredados de la gran familia. Su suerte el desprecio y la esclavitud. El paganismo, ni les abría un camino en la tierra, ni una puerta en el cielo. Jesucristo vino á abrirles uno y otra; vino á hacerles reyes en vez de esclavos. Para ello da á la pobreza un carácter divino en su persona, consagra su poder y su palabra al servicio de los desgraciados, eleva á unos pobres al honor de ser sus representantes y sucesores, y transfiere por fin todos sus derechos á los pobres y á los pequeños. De todos los hombres ha dicho que son hermanos, y les ha mandado amarse como tales; pero de los pobres y desvalidos ha dicho algo más: «Son mi misma persona, son yo mismo; lo que hiciéreis con ellos, lo haceis conmigo mismo» (2). ¿Qué palabra, Señores! Ya comprendo por qué dice Santiago: El carácter del hombre verdaderamente religioso, consiste en visitar y socorrer al huérfano y á la viuda en su tribulación.» (3) Esa doctrina, antes desconocida, se ha promulgado en todas partes, y una voz de paz, de consuelo y de misericordia se ha levantado en el mundo, y ha resonado

(1) Luc. VII, 72.

(2) Matth. XXV, 40.

(3) Jac. I, 27.

hondamente en la conciencia humana; y esa voz ha enseñado á las gentes que los pequeños y menesterosos nacen para ser servidos, porque son menesterosos y pequeños; y que los grandes y los ricos nacen para servir, porque son ricos y porque son grandes (1). Al eco de esa palabra de Jesucristo, la Iglesia y la sociedad católica, informada por ella, han levantado suntuosos palacios para la indigencia; el rico le ha consagrado sus bienes; el Rey ha bajado del trono para sentarse junto á su lecho y curar sus llagas; y la caridad ha creado servicios para todas las miserias. El Catolicismo ha tenido maestros para los niños, madres para los huérfanos y expósitos, redentores para los cautivos, asistentes cariñosos para los enfermos y dementes; en una palabra, á la miseria de cada siglo ha opuesto el remedio oportuno, sin que haya agotado jamás el tesoro de su caridad. No habla, no discute, no hace resonar en los oídos del pobre pomposos y falaces discursos que le irritan contra el rico y contra la Providencia, como hacen los que quieren convertir al pobre en instrumento de sus planes: pero hace lo que ellos no hacen; le sirve, le socorre, le consuela, le infunde la resignación y la esperanza, le llama hermano, y le ama como tal. ¡Cuánto más útil es al pobre la visita de un socio de San Vicente de Paul y de una Hermana de la caridad, que tantos libros y tantos discursos estériles y corruptores! ¡Ah! este es el carácter propio del espíritu católico; es caridad, y la caridad es el sacrificio libre y voluntario en beneficio del amado, y el amado del católico es el pobre, el pequeño, el miserable de todo país, de toda edad, de toda condición, porque el pobre, y el pequeño, y el miserable son Jesucristo mismo, que

(1) Donoso Cortés, *Ensayo sobre el Catolicismo*, lib. 1, cap. 2.

dice siempre: *Lo que haceis con ellos, lo haceis conmigo.* Juliano Apóstata lo reconoció (1), y con él otro enemigo declarado de Jesucristo en el siglo último. «Todas las comuniones separadas de la Iglesia Romana no han podido imitar, sino muy imperfectamente, la caridad generosa que la caracteriza.» (2)

Concluyamos, Señores. En el nacimiento de Jesucristo anunciaron los Angeles la paz á los hombres de buena voluntad (3). El Salvador resucitado, apareciendo á sus discípulos, les dijo: La paz sea con vosotros (4), y les mandó anunciarla en todas partes (5). Esa paz es el fruto de la redencion; esa paz la da su doctrina, porque ennoblece al hombre y á la sociedad, y establece el orden, la armonía, la unidad, la felicidad. Lo hemos visto. Jesucristo, presentándonos su corazon abierto y sus manos, nos muestra la fuente de la caridad y sus obras, para que creamos, y creyendo vivamos la vida de la fe, la vida de la caridad (6). Adorémosle como el Apóstol Tomás, exclamando: Vos sois mi Señor y mi Dios; á Vos mi corazon y todo mi sér. Reconozcamos como Nicodemus, que él y su religion son del cielo, porque nadie puede hacer lo que él ha hecho, si Dios no está con él (7). Amémosle, amemos su religion, dejémonos dominar y dirigir por ella, diciendo con San Pedro: ¿A quién iremos, Señor, si nos apartamos de ti? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos que sois el Hijo de

(1) *Julian.*, Ep. 40.—Vide ut invicem se diligant, et ut pro alterutro mori sunt parati. (*Tertul.*, Apolog. cap. 39.)

(2) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, cap. 139.

(3) Luc. II, 14.

(4) Joann. XX, 19.

(5) Luc. X, 5.

(6) Joann. XX, 31.

(7) Id. III, 2.

Dios, que habeis venido al mundo (1). Fuera de ti no hay vida, no hay felicidad. Háblanos, y te escucharemos; mándanos, y te obedeceremos; vivifícanos, y unidos á ti, viviendo de tu fe, de tu gracia y de tu amor, seremos felices en el tiempo y en la eternidad.

(1) Joann. VI, 69, 70.